

CAPÍTULO 1
CON «T» DE TÍA

Antes, mi hermana y yo peleábamos mucho.
Antes, sí. Bastante antes de que mamá heredara
la casa de su tía.

–Como perro y gato. Pelean de la mañana a la
noche –se quejaban nuestros padres–. Estos chicos se
olvidan de que son hermanos. No nos dan un minuto de
tranquilidad.

–Es que ella me molesta todo el día.

–¡Nooo! El que molesta es él –saltaba Eugenia.

Y, si alguno de ellos se distraía, me sacaba la lengua
para enfurecerme.

Al final, después de tantas discusiones, tuve una
idea para molestarla. Cuando mamá necesitaba algo,
la mandaba a buscarme; yo la miraba y, antes de que
pronunciara una palabra, le hacía burla:

–Dice mamá, mamá dice... Se lo voy a decir a mamá.
A mamá, se lo voy a decir...

Por su parte, ella contestaba:

–¡Mamá, el Efan está molestando...!

–¿Por qué le decís así a tu hermano? –le preguntó papá cuando la escuchó por primera vez.

Eugenia le contestó que porque tenía orejas de elefante. La respuesta lo dejó con la boca abierta. En cambio, mamá movió la cabeza y repitió la frasecita de cada día:

–Chicos Pereyro, basta, vivan en paz, por favor.

En esa época estaba seguro de que no la quería para nada y pensaba que ella tampoco me quería. Ninguno de los dos, por muy hermanos que fuéramos, intentó cambiar las cosas. Hasta que ella empezó a tener pesadillas.

La primera noche que la oí gritar por un mal sueño fue casi una semana después de que nuestros padres nos dieran la noticia de que nos mudábamos.

–Nos vamos a un chalet que mamá heredó de una tía lejana. Es un poco antiguo –dijo papá–, pero muy cómodo. Va a quedar muy lindo cuando terminemos de pintar y de cambiar algunas cosas.

–Además –agregó mamá–, como hay muchos ambientes, papi puede tener su estudio en una de las habitaciones, así deja de alquilar uno afuera. En cuanto terminen las clases, nos vamos para allá.

«Para allá» era, claro, la casa de esa tía lejana que había sido tan generosa con nosotros. La tía lejana. Ni mi hermana ni yo la conocimos. Sin embargo, mamá siempre se acordaba bien de ella. Nos contó que era una señora sin hijos, bastante mayor, y cuando quisimos saber más, nos contó todo lo que sabía:

—Le decíamos Ana. En realidad, tenía un nombre complicado y un apellido más complicado todavía. Así que en mi casa decidieron acortárselo. Aparte de eso, no solo tenía nombres complicados. También ella se comportaba diferente de los demás. Era muy extraña. Se había convencido de que podía hacer magia y hablaba del más allá, de encuentros con seres de otros mundos.

»—Mami, a veces, la tía Ana me asusta —le dije un día.

»—No te preocupes, hija, porque siempre fue igual. Pero en el fondo es muy buena. No te asustes porque es incapaz de hacerle mal a nadie.

»Por eso, para que no me impresionara, cuando la tía empezaba con sus historias extrañas, mi mamá ponía mala cara. Pero por otra parte, las dos queríamos mucho a la tía Ana y nos gustaba que viniera. En especial a mí, porque cada vez que se quedaba a comer con nosotros, traía la cartera llena de cosas dulces. Cuando era chica, estaba convencida de que la tía Ana

era dueña de un quiosco, jajaja. Dejó de visitarnos de un día para el otro. Alguien le contó a mi mamá que había viajado no sé adónde.

»Y no volvimos a verla más. Ni soñando imaginé que me iba a dejar su chalet. Y bien agradecida que le estoy, con lo bien que nos viene irnos de acá, no alquilar más ni el estudio de papá ni este departamento. Ustedes saben que, a veces, papi tiene bastante trabajo y otras, menos. Y cuando lo llaman poco o dejan de llamarlo, hacemos más de un sacrificio para pagar las cuentas y ustedes lo saben.

Fue fácil para mí entender qué quería decir mamá cuando hablaba de «no alquilar más» y, además, el «todo no se puede» que nos repetían. Mis padres decían «todo no se puede», porque papá es contador; a veces, gana mucho dinero porque le piden montañas de trabajo, y otras, una pilita, entonces gana menos.

Como mi hermana era más chica no comprendía lo del trabajo de papá y tampoco entendía ese «no alquilar más» que decía mamá. Por eso, quería quedarse para siempre en el departamento en que vivíamos.

¿La verdad? También fue fácil ponerme en su lugar. Ella se daba cuenta y cada vez que salía el tema de la mudanza, me miraba con ojos desesperados



y yo enseguida sabía qué pensaba. No le gustaba para nada la idea de alejarse de nuestros amigos. Yo sentía lo mismo. Más de una vez, hablábamos y nos preguntábamos si con ese cambio de casa íbamos a dejar de verlos para siempre.

Por otra parte, había algo más. Pasaba que todos los veranos, mi tío Matías, el hermano de papá, nos prestaba su cabaña en Salsipuedes. Córdoba es una provincia muy linda y el nombre de la cabaña nos hacía reír a todos. Mi tío la llamaba Casa de mí.

–Matías es muy bueno –decía papá, orgulloso.

–Tengo que invitarlo a cenar –contestaba mamá.

–Bueno, sí, cuando quieras, ya sabés cómo nos divertimos cuando estamos juntos.

Sin embargo, a pesar de querer mucho al tío, en aquel momento lo único que nos preocupaba a Euge y a mí era pensar en que ese verano no íbamos a tener vacaciones por culpa de la mudanza.

Por suerte, no tuvimos que preguntar nada de eso porque mamá pareció leernos el pensamiento.

–Tranquilos, chicos Pereyro, vamos a hacer un esfuerzo para tener todo listo, así nos vamos a Casa de mí. Y, a la vuelta de las vacaciones, si quieren, pueden invitar a algún amigo o amiga.

–¿A pasar el día o también pueden quedarse a dormir?

–Sí, si quieren y los dejan, todo bien. No digo apenas nos mudemos, porque va a estar todo revuelto –contestó mamá–. Primero tenemos que limpiar, pintar y dejar cada cosa en su lugar.

–Mmm, ma, quiero saber algo más para quedarme tranquilo. Decime, ¿estás segura de que no heredaste el castillo de Drácula? –pregunté.

Mi hermana también iba a decir algo, pero cambió de idea porque por la cara que puso papá se notó que la broma que yo había hecho no le había causado mucha gracia. Así que terminamos la cena sin volver a tocar el tema.

Aquella noche, aquella. Justamente esa noche, escuchamos gritar a Eugenia por primera vez. Fui hasta su dormitorio a toda velocidad. Corrí con tanta velocidad que llegué antes que mis padres.

Ella dormía muy tranquila. Mis padres la despertaron y le preguntaron qué le había pasado.

–¿Tuviste un mal sueño, nena? –le preguntó papá.

–No, ¿por qué? –contestó ella con cara de santa.

–Vamos, dale, con el grito que pegaste, no puede ser. Hacé un esfuerzo, contanos algo –protesté.

–Fabio –pidió mamá–, dejala. Seguro que no se acuerda porque se asustó mucho. Por ahí, más tarde o mañana recuerda algo y nos dice qué soñó.

No pasó mucho tiempo para que nos enteráramos, porque dos noches después Eugenia volvió a gritar. Había tenido otra pesadilla.

Aunque esa vez no nos quedamos con ganas de saber porque ella sola empezó a hablar.

–Era una mujer flaca, de ropa larga hasta los pies. No pude verle la cara. Decía cosas que yo no entendía. Se acercaba. Se acercaba cada vez más. Parecía que me iba a agarrar. Por eso grité. Porque no supe qué hacer.

Eugenia me dio mucha pena. «¡Pobre chical!», pensé, y de a poco dejé de pelear con ella. Bueno, sí, dejé de pelear porque me di cuenta de que para gritar como gritaba seguro que la pesadilla la impresionaba mucho. También me dio pena porque era su hermano mayor y, bueh, no sé, la verdad es que me pareció mejor dejar de discutir con ella por unos días.

¿Resultado? Pienso que nuestros padres sintieron lo mismo que yo. Por eso, deben de haber dicho que «la nena», como la llamaban a veces, estaba impresionada por el tema de la mudanza.

–Entonces, preferimos que no se quede sola de noche, por un tiempito, ¿sabés, Fabi? Así que queremos saber si te parece bien que duerma en tu cuarto. ¿Le harías compañía a tu hermana hasta que nos mudemos? –preguntaron.

Por supuesto que les dije que sí. Les dije que sí, que podía dormir en la cama que tenía al lado de la mía, aunque al principio no tenía ganas. Y los días que siguieron, tampoco, pero ¿quién se niega al pedido de unos padres tan buenos como los míos? Yo no.